

¿Ha muerto el marxismo? Notas para un debate

CARLOS HERMIDA REVILLAS
Universidad Complutense de Madrid

Actualmente constituye un lugar común hablar de la muerte del marxismo. Con una sospechosa unanimidad, intelectuales, medios de comunicación audiovisuales y publicaciones diversas insisten en que el marxismo es una reliquia histórica, que sus postulados están caducos y que, tanto política como económicamente, el marxismo ha fracasado; incluso se afirma que el marxismo es inservible como método de análisis.

Esta situación contrasta con la existente no hace tantos años. Durante la década de los sesenta y parte de los setenta hubo, por decirlo de alguna forma, un florecimiento del marxismo y su influencia en las ciencias sociales era evidente. Sin embargo, durante los años ochenta, y especialmente tras la desaparición de la URSS y las sociedades socialistas del este de Europa, el antimarxismo se ha convertido en una moda. Paradójicamente, muchos de los marxistas de ayer son hoy los abanderados del antimarxismo y quienes han decretado el fallecimiento intelectual de Marx y Engels. Pero, por encima de modas académicas, a las que nos tienen acostumbrados tantos intelectuales y profesores universitarios más amantes del ágape y la recepción oficial que del archivo y la biblioteca, lo que se debe debatir es si existen argumentos sólidos, científicos, para considerar que el marxismo ha quedado obsoleto como sistema de pensamiento; en una palabra, ¿los conceptos económicos, sociales y políticos de Marx y Engels han sido superados?

Los que defienden la muerte del marxismo se basan en cuatro ejes argumentales:

- A) Las categorías y conceptos económicos de Marx ya no sirven para analizar el capitalismo del siglo XXI.
- B) El materialismo histórico es incapaz de explicar el desarrollo de la Humanidad.
- C) La desaparición de la URSS y de los países socialistas del este de Europa demostrarían que el socialismo ha fracasado políticamente.

D) El capitalismo se ha mostrado superior al sistema de economía planificada, lo que vendría a confirmar que el marxismo también ha fracasado como sistema económico.

En cuanto al primer eje argumental, se ha convertido en un tópico afirmar que Marx describió el capitalismo del siglo XIX y que sus análisis han quedado desfasados. Efectivamente, Marx escribió en el siglo XIX, y para sus estudios se basó en el capitalismo británico, pero lo que hizo fue analizar el capitalismo como MODO DE PRODUCCIÓN, elaborando leyes y categorías que explican el funcionamiento del capitalismo en general y no el de un capitalismo nacional concreto. Para certificar la defunción del marxismo habría que empezar por demostrar que esas leyes y categorías ya no se cumplen en el capitalismo de finales del siglo XX y comienzos del XXI. Examinemos, por tanto, algunos de esos conceptos básicos de Marx.

LA PLUSVALÍA

Marx definió el capitalismo como un sistema basado en la explotación de trabajo asalariado; explotación que consiste en la obtención de plusvalía, esto es, el valor que crea el trabajador por encima del valor de su fuerza de trabajo y del cual se apropia el empresario en razón de su condición de propietario de los medios de producción. Como este es uno de los conceptos centrales de la economía política marxista, sería imprescindible desmontarlo para plantear con un mínimo rigor que los autores del *Manifiesto Comunista* deben ser estudiados únicamente en su condición de clásicos del pensamiento universal. Pero esta tarea se ha mostrado superior a todos los esfuerzos realizados por los economistas neoliberales, quienes no han podido aportar ni un solo dato que muestre ausencia de explotación, y en cuanto a los que esgrimen la mejora del nivel de vida de los obreros como prueba de un cambio sustancial en el capitalismo, hay que recordarles que la explotación no excluye mejoras en la situación material del proletariado, logradas, dicho sea de paso, en la lucha contra el capital. Y, en cualquier caso, no debemos olvidar que ese aumento del bienestar social sólo se ha logrado en un limitado número de países desarrollados. La inmensa mayoría de la Humanidad, cuya existencia transcurre dentro del sistema capitalista, vive en unas condiciones de miseria extrema que no sólo no remiten, sino que tienden a agravarse, como ponen puntualmente de manifiesto los Informes sobre Desarrollo Humano de la ONU.

CONCENTRACIÓN Y CENTRALIZACIÓN DE CAPITAL

Marx constató que el incremento de productividad, el afán por rebajar los costes de producción y la competencia entre los empresarios provoca la desaparición de las empresas menos rentables o la absorción de unas empresas

por otras de mayor poder económico, hasta el punto de que las principales ramas de la producción pasan a estar controladas por un pequeño número de empresas de dimensiones gigantescas. La libre competencia desaparece dejando paso al monopolio.

Los datos que certifican esta tendencia son infinitos y la mejor prueba de ello son las numerosas fusiones de empresas y bancos que se han producido a lo largo de los años noventa. Incluso en el sector comercial, tradicionalmente dominado por el pequeño comercio, se asiste a un imparable desarrollo de las grandes superficies y a la ruina de los pequeños comerciantes.

LA TENDENCIA A LA PROLETARIZACIÓN

Según Marx, en el capitalismo la sociedad tiende a escindirse en dos grandes grupos: una minoría propietaria de medios de producción y una inmensa mayoría de asalariados, dueños solamente de su fuerza de trabajo. Una legión de economistas y sociólogos han querido demostrar la equivocación de Marx con el argumento de que vivimos en una sociedad de clases medias, pero el empeño no puede ser más baldío, porque en Marx el concepto de proletarización no es sinónimo de depauperación o empobrecimiento. Se refiere exclusivamente al proceso por el cual los asalariados se convierten en la inmensa mayoría de la sociedad y en este sentido la más simple estadística puede demostrarlo. En el caso de España, en 1964 los asalariados constituían el 62,1% de la población activa, mientras que en 1994 eran el 79,86%.

EMPOBRECIMIENTO ABSOLUTO Y RELATIVO DE LA CLASE OBRERA

Es un lugar común entre los críticos de Marx, que en la mayoría de los casos lo que han leído de él han sido los títulos de sus libros, afirmar que esta ley ha sido superada por el desarrollo económico y el ascenso del nivel de vida de los trabajadores. Veámos lo que dijo realmente Marx.

Por empobrecimiento relativo entiende Marx la tendencia, y sólo la tendencia, a la reducción de los salarios en la renta nacional, en el sentido de que el aumento de los salarios reales es inferior al de la riqueza global. Un ejemplo: en España, la participación de la renta de los asalariados en el conjunto del PIB era del 50%, mientras que en 1986 descendió al 45,9%.

En cuanto al empobrecimiento absoluto, ni Marx ni Engels afirmaron nunca que los salarios reales tendiesen siempre a la baja. Ahora bien, lo cierto es que determinados grupos de trabajadores, expulsados del proceso de producción, se encuentran en una situación de depauperación absoluta, como los ocho millones y medio de personas que viven en situación de pobreza en España, según el Informe de Cáritas publicado en 1998 (*Las condiciones de vida de la población*

pobre en España. Informe General. Madrid, Fundación Foessa, 1998). Y en los países subdesarrollados se puede hablar de una tendencia al empobrecimiento absoluto, como pone de manifiesto el hecho de que en América Latina la renta per capita de los años ochenta fuese inferior a la de la década de los setenta.

LAS CRISIS CAPITALISTAS

Marx estableció que el capitalismo atraviesa por crisis periódicas, que tienen un movimiento cíclico con fases de auge y depresión, causadas por las contradicciones internas del propio sistema capitalista, entre ellas el descenso de la cuota de ganancia. Salvo que pasemos por alto las crisis de 1873, 1929 y 1973, no creo que este aspecto pueda ser objeto de discusión.

Objetivamente se puede afirmar que los planteamientos centrales de la obra de Marx siguen vigentes, continúan teniendo validez. Otra cosa es que en la actualidad la producción teórica marxista sea escasa, pero los fenómenos económicos del capitalismo del fin del milenio pueden seguir interpretándose a la luz del marxismo.

El segundo eje argumental de los conversos al antimarxismo consiste en negar al materialismo histórico la capacidad de explicar el desarrollo de la Humanidad. En primer lugar, conviene señalar que las aportaciones del marxismo al estudio de la Historia han sido sencillamente impresionantes, y cualquier historiador con un mínimo de honradez intelectual —eso sí, hay que tenerla— reconoce que los estudios de Soboul han sido decisivos para el conocimiento de la Revolución Francesa, y lo mismo cabe decir de los libros de Thompson respecto a la clase obrera inglesa o de la contribución de Tuñón de Lara a la historia contemporánea de España, por citar sólo a algunos de los grandes historiadores marxistas o influidos por el marxismo.

Quienes descalifican al materialismo histórico consideran que es imposible explicar los fenómenos sociales a partir exclusivamente de la estructura económica. Y tienen razón, pero si hubieran leído a Marx y Engels, en lugar de citarlos de oídas, habrían podido comprobar que los dos pensadores alemanes nunca dijeron lo contrario. Sólo afirmaron que la esfera económica era determinante en última instancia, pero los factores políticos, militares o religiosos influían en el devenir histórico. Los apresurados sepultureros del marxismo deberían leer atentamente la carta de Engels a J. Bloch, escrita en septiembre de 1890, y cuyos párrafos más significativos no me resisto a citar:

«Según la concepción materialista de la historia, el factor que determina la historia en última instancia es la producción y reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto. Si alguien lo tergiversa diciendo que el factor económico es el único determinante, convertiría esta tesis en una frase vacía, absurda. La situación económica es la base, pero los diversos factores de la superestructura que sobre ella se le-

vanta —las formas políticas de la lucha de clases; las constituciones promulgadas por la clase victoriosa después de ganar una batalla, etc.; las formas jurídicas e incluso los reflejos de estas luchas en el cerebro de los participantes; las teorías, políticas, jurídicas, filosóficas; las ideas religiosas y su desarrollo ulterior hasta convertirse en un sistema de dogmas— también ejercen su influencia sobre el curso de las luchas históricas y determinan, predominantemente en muchos casos, su forma. Es un juego recíproco de acciones y reacciones entre todos estos factores, en el que, a través de la infinita multitud de casualidades (es decir, de cosas y acontecimientos cuya conexión interna es tan remota o tan imposible de demostrar que podemos considerarla inexistente, prescindir de ella), siempre termina por imponerse necesariamente el movimiento económico. De otro modo, aplicar la teoría a una época histórica cualquiera sería más fácil que resolver una simple ecuación de primer grado.»

Otra línea de ataque al materialismo histórico consiste en mostrar sus insuficiencias a partir de la historiografía soviética. Ahora bien, en modo alguno puede identificarse el materialismo histórico con la historiografía de la URSS, porque con el triunfo político de Stalin los historiadores soviéticos utilizan una terminología marxista, pero en buena parte vacía de contenido, creando un modelo de desarrollo histórico cerrado, fosilizado, ajeno al pensamiento de Marx y Engels. A diferencia de los Manuales de Historia o Economía Política editados en la Unión Soviética, no se encuentra en los textos clásicos —*El Capital* o *El Manifiesto Comunista*— una interpretación de la Historia basada en la sucesión lineal de los modos de producción, y buena prueba de ello son los escritos de Marx sobre la comuna rusa como punto de partida para el paso al socialismo.

El tercer eje argumental del antimarxismo pedestre pretende sentenciar el fracaso político del marxismo tomando como referencia la desintegración de la URSS. La praxis marxista habría recibido el acta de defunción con la caída del muro de Berlín, la liquidación del Estado soviético y la desaparición del socialismo en el este de Europa.

Una vez más el rigor científico se sustituye por la propaganda, tratando de crear confusión mediante la conocida fórmula de amalgamar elementos diversos y contradictorios para extraer conclusiones que distorsionan y falsean la realidad. Antimarxistas del mundo: lo que ha quebrado no es el marxismo, sino un conjunto de regímenes que oficialmente tenían como guía ideológica el marxismo-leninismo, que son cosas bien diferentes. Y tampoco se sostiene el lamentable discurso que pretende identificar marxismo y estalinismo, porque, como es bien conocido, Marx y Engels apenas escribieron sobre la futura sociedad socialista. El hilo conductor que va de Marx a Stalin pasando por Lenin sólo existe en la mente de quienes más que buscar la verdad histórica se dedican a ganarse la subvención oficial. Es de sobra conocida la dura crítica que formuló Lenin en sus últimos escritos sobre la figura de Stalin, así como la la lucha política que protagonizó Trotski a partir de 1924. El estalinismo no estaba implícito ni prefigurado en Octubre de 1917, sino que fue el resultado de un

complejo conjunto de fenómenos políticos, sociales y económicos, entre ellos la ruina económica provocada por la guerra civil y la intervención extranjera en los años 1918-1921.

Pero los antimarxistas de viejo y nuevo cuño, los añejos y los posmodernos, disponen de una última carta, de un as guardado en la manga como los tahures del Mississippi. Pasen y vean, señores, cual atracción circense, el argumento definitivo, demoledor, con el que pondrán de rodillas a los pobres marxistas, a los nostálgicos y utópicos que todavía siguen hablando de igualdad, fraternidad, justicia social y solidaridad. Se trata, ni más ni menos, que del supremo argumento económico: el triunfo del capitalismo sobre la economía planificada. El derrumbamiento del socialismo entre 1989 y 1991 vendría a ser la prueba definitiva que permite encerrar al marxismo en una caja de pino y otorgarle el certificado de defunción. Lástima que algunos seamos un poco incrédulos y tampoco esta vez nos terminemos de convencer.

Aunque la desaparición de los países del socialismo real se encuentra muy cercana en el tiempo, y no disponemos aún de la suficiente perspectiva histórica para realizar un análisis profundo, al menos en el aspecto económico pueden apuntarse algunas precisiones y consideraciones:

1) La experiencia económica de estos países ha resultado extraordinariamente corta en el tiempo si la comparamos con otras formaciones sociales o modos de producción, y de un período cronológico tan breve no pueden extraerse conclusiones definitivas, pero lo que sí es una realidad es que la economía planificada convirtió a la Unión Soviética en una potencia mundial en un reducido espacio temporal.

2) Los países socialistas han sido objeto de agresiones diversas por parte de las potencias capitalistas. Recordemos que la Rusia soviética sufrió la intervención extranjera durante la guerra civil (1918-1921) y el brutal ataque del nazismo en 1941. Y recordemos también el sistemático bloqueo que ejerce Estados Unidos sobre Cuba, por citar sólo algunos de los abundantes ejemplos que nos ofrece la historia. Sin negar las deficiencias del propio modelo económico y admitiendo las incompetencias o errores cometidos por los partidos comunistas que han ejercido el poder en el ya desaparecido bloque socialista, difícilmente se puede negar que los factores externos han afectado negativamente al desarrollo económico. ¿Se puede sostener con un mínimo de honestidad que la revolución sandinista fracasó, cuando el gobierno estadounidense financió una guerra de agresión protagonizada por «la contra»?

3) El éxito de un modelo económico reside en su capacidad de elevar el bienestar de sus ciudadanos en términos de esperanza de vida, cultura, educación, asistencia sanitaria, etc, y no exclusivamente en las magnitudes de Producto Interior Bruto, Renta Nacional o consumismo, y si nos fijamos en esos indicadores sociales, las estadísticas muestran un desarrollo notable de los países socialistas.

Cuando los comunistas tomaron el poder en los países de Europa del este en los años 1947-1948, algunos de esos Estados, como Bulgaria, Rumanía, Alba-

nia y Yugoslavia, se encontraban entre los más atrasados del continente, con una población mayoritariamente agraria y elevadas tasas de mortalidad infantil. Pocos años después estaban en un acelerado proceso de industrialización y la sanidad había mejorado ostensiblemente (Cuadros I y II).

Cuadro I. Tasas de mortalidad infantil (en tantos por mil)

	Bulgaria	Checoslovaquia	RDA	Hungría	Polonia	Rumania	Yugoslavia
1945-1949	126	100	103	115	109	166	—
1950-1954	93	58	60	74	98	105	116
1955-1959	65	31	45	58	75	77	98
1960-1964	37	22	33	45	53	61	82
1965-1969	31	23	22	37	37	51	62

FUENTE: Carlo M. Cipolla: *Historia económica de Europa*. Vol. 6. «Economías contemporáneas (segunda parte)». Barcelona, Ariel, 1991. 1.ª edición, 1.ª reimpresión. Apéndice estadístico.

Cuadro II. Índices de producción industrial (1937 = 100)

	Bulgaria	Checoslovaquia	Hungría	Polonia	Rumania	Yugoslavia
1937	100	100	100	100	100	100
1950	372	143	162	227	147	196
1955	678	243	321	477	300	275
1960	1.120	403	465	757	484	510
1965	1.939	520	654	1.136	974	834
1969	2.977	667	796	1.556	1.518	1.028

FUENTE: Carlo M. Cipolla: *Historia económica de Europa*. Vol. 6. «Economías contemporáneas (segunda parte)». Barcelona, Ariel, 1991. 1.ª edición, 1.ª reimpresión. Apéndice estadístico.

4) Comparar los antiguos países socialistas con los países capitalistas desarrollados es un ejercicio gigantesco de falsificación intelectual. No pueden establecerse comparaciones entre sociedades en las que el capitalismo tiene un desarrollo cercano a doscientos años, que han poseído enormes imperios coloniales y que siguen expoliando al Tercer Mundo a través de poderosas empresas multinacionales, con unas sociedades que carecen de esas características. No es serio hablar de la superioridad del capitalismo tomando como punto de referencia los niveles de vida de Cuba y Dinamarca o de China y Suecia, porque la verdadera cara del capitalismo no son los países nórdicos, ni Europa occidental, sino los cientos de millones de hambrientos de África, Asia y América Latina. Si se

desea comparar, hay que hacerlo entre los países socialistas y el capitalismo a escala mundial, y entonces los indicadores sociales son bastante favorables al socialismo, como lo pone de manifiesto el caso cubano (Cuadro III).

Cuadro III. Estadísticas sociales de América Latina (1995)

Países	Esperanza de vida (años)	Mortalidad infantil (en tantos por mil)	Médicos por mil habitantes	Gastos en educación (% del PIB)
Cuba	75,3	12	3,65	6,6
México	70,8	36	1	6
El salvador	66,4	46	0,43	1,6
Guatemala	64,8	48,6	0,44	1,6
Honduras	67,7	43	0,79	4,1
Nicaragua	66,7	52	0,56	3,9
Panamá	72,8	25	1,18	5,6
República Dominicana	69,6	42	1,08	1,7
Haití	56,6	86	0,14	1,4
Venezuela	71,7	23	1,72	5,3
Bolivia	59,4	75	0,39	2,7
Colombia	69,3	37	0,95	3,5
Ecuador	68,8	50	1,20	3
Perú	66	64	0,73	1,5
Argentina	72,1	24	3,03	3,3
Chile	73,8	16	1,11	2,7
Paraguay	70	38	0,71	2,8
Brasil	66,3	58	1,49	4,6

FUENTE: *El estado del mundo*, 1997. Madrid, Akal.

Se ha decretado la muerte del marxismo demasiado pronto, pero no hay datos objetivos que lo prueben. Lo que existe es una ofensiva ideológica de la burguesía que se encuadra en la profunda crisis estructural en que se encuentra sumido el capitalismo desde 1973. Para su reestructuración, el capitalismo necesita desarticular el movimiento obrero, tanto desde el punto de vista organizativo como ideológico. La ofensiva antimarxista tiene como objetivo anular los puntos de referencia ideológicos de la clase obrera para imponer la idea de que no hay alternativa posible al capitalismo. Sólo sepultando el marxismo puede triunfar el pensamiento único.

El marxismo ha muerto; es la moda intelectual imperante. Pero si observamos la situación de la Humanidad, si contemplamos la miseria, el analfabetismo y la degradación en que vive la mayor parte de la población del planeta, entonces debemos convenir que sigue plenamente vigente el viejo lema marxista: «socialismo barbarie».